VIAJERAS ENTRE DOS MUNDOS DURANTE EL ANTIGUO RÉGIMEN. REFLEXIONES DESDE UNA MIRADA DE GÉNERO

Marina Alfonso Mola
UNED, Madrid

Desde los albores de la literatura de Occidente los relatos de viajes han sido un género bien transitado a todo lo largo de la historia. Tanto en el mundo clásico (la *Odisea*, *El viaje de los Argonautas*) como en los tiempos medievales existen variados relatos redactados por cruzados, peregrinos y hombres de negocios, que quedaron fascinados por esos mundos exóticos a los ojos de los europeos (el *Codex Calixtinus*, el *Libro de las Maravillas*), antes de asistir a la gran eclosión de los libros de viajes renacentistas propiciada por los grandes descubrimientos geográficos y la invención de la imprenta, que facilitaba su difusión. Asimismo, en la Ilustración, aparte del viaje de perfeccionamiento pedagógico de los hijos de las élites (el *Grand Tour*), se prosiguió la vía abierta por las crónicas y diarios de los descubrimientos, al tiempo que las grandes expediciones científicas por tierra y mar se acompañaban de excelentes textos con agudas observaciones geográficas, etnográficas, lingüísticas y de historia natural a cargo de marinos experimentados y científicos consagrados, lo cual no fue óbice para que paralelamente también algunos misioneros, aventureros, funcionarios, corsarios, cautivos (de aborígenes y piratas) y viajeros curiosos en general dejaran por escrito sus impresiones y opiniones sobre la realidad del país visitado a todo lo largo de los tiempos modernos y más allá.

De todas formas, lo cierto es que el relato de viajes contribuyó a desarrollar el cosmopolitismo, ya que todos los viajes, literarios, imaginarios o reales, hacen más ciudadano del mundo al viajero, aunque sus miras no sean demasiado amplias y su curiosidad sea más bien limitada. Ahora bien, éste es un género frecuentado habitualmente por plumas masculinas que nos impiden el acercamiento a la perspectiva de las mujeres que también se vieron inmersas en la aventura del viaje transoceánico. La poca visibilidad de su rastro en tiempos del descubrimiento y la conquista ha inducido a considerar esta empresa como esencialmente masculina y a sorprender cuando se descubren a las intrépidas pioneras insertas

en los primeros grupos expedicionarios. En una segunda fase, las mujeres se trasladaron a las latitudes americanas ya fuera como esposas de los funcionarios o de los colonos en una emigración familiar planificada o de los maridos distantes en una política de reagrupación familiar, ya fuera como viudas o solteras acompañadas de padres y parientes, como religiosas fundadoras de conventos o como simple personal de servicio de los viajeros acomodados, sin mencionar aquellas que fueron obligadas a una singladura involuntaria, las esclavas africanas que eran consideradas meras piezas en un comercio inhumano. Sin embargo, tuvieron poco protagonismo literario pese a que el número de mujeres censadas en este deambular intercontinental no sea nada desdeñable, incluso cuando se trata del camino inverso, desde América a Europa, en el que están presentes tanto las criollas como las mestizas y las indígenas, solteras o casadas, viudas o monjas, libres y esclavas.

En efecto, pese a que no existe un censo de las pasajeras americanas a la Península y aunque las cifras totales de la emigración española a América en época de la colonia son aún una incógnita, se puede estimar que fueron unas 500.000 las personas que surcaron el Atlántico con destino al Nuevo Mundo a lo largo de todo el período virreinal y se puede calcular que, de ellas, unas 25.000 fueron mujeres. Una cifra significativa, pero que pasa casi desapercibida al tratarse de un colectivo sin voz propia, con muy pocas excepciones, ya que incluso muchas veces cuando la mujer pone por escrito sus vivencias recurre a la autoría masculina para dejar constancia de sus apreciaciones u opiniones.

El capítulo primero del presente libro se ha propuesto el reto de sacar del anonimato a esa mitad transparente de la humanidad, las mujeres, parte de las cuales también se trasladaron desde el Viejo al Nuevo Mundo (y viceversa) durante los siglos XVI al XVIII, dejando o bien constancia escrita de sus impresiones sobre los avatares de su andanza, los nuevos horizontes que se abren a sus ojos y los retos de su cotidianeidad, o bien rastros documentales de su presencia entre ambos mundos. Y es que las desplazadas durante el Antiguo Régimen son las más invisibles, puesto que a medida que va avanzando el siglo XIX (sobre todo a partir de la época victoriana) la mujer se incorpora cada vez más a la reproducción escrita de la experiencia de su deambular, en un intento de representar y representarse desde las perspectivas del viaje, el exilio, la migración y el turismo, ya sea a través de la introspección de la memoria ya sea por medio de las transformaciones y traslaciones de lenguajes y zonas de identidad en movimiento, más allá del mero cambio de fronteras o de la supeditación a las convenciones

del corpus textual que estipulan las narrativas de viajes. Por otra parte, al hilo de sus reflexiones inciden en la toma de conciencia de sí mismas, subvierten su rol al convertirse en intelectuales que emplean una estética y un lenguaje reservados al discurso masculino y contribuyen a que los postulados feministas calen en sus lectoras. Unos textos de relevancia e influencia representacionista fuera del alcance de sus antecesoras durante las tres centurias precedentes.

Los trabajos realizados sobre la época colonial (mejor que virreinal, ya que el genérico permite la incorporación de la América anglosajona y brasileña) permiten el análisis del encuentro entre los agentes foráneos (las viajeras metropolitanas y las americanas, aunque hubiesen crecido en un entorno regido por los patrones importados de Europa) y la población local (ya se trate de los aborígenes americanos ya de los europeos) y las diferentes respuestas ante el encuentro de miradas en la doble vertiente de género y cultural que interactúan en un mismo cronotopo (tiempo y espacio), donde irán plasmando las experiencias del encuentro, las impresiones y hasta las emociones percibidas por las viajeras entre ambos mundos. Para el análisis de los discursos, dado que no existen (de momento, tal vez en el futuro aparezcan) libros o diarios de viajes *stricto sensu* escritos por mujeres durante los tiempos modernos, se ha recurrido a otros escritos, como las cartas (redactadas por propia mano o por interpósitas personas, en caso de ser ágrafas), las biografías espirituales de mujeres ejemplares (generalmente a cargo de sus confesores), los libros de las fundaciones religiosas, los expedientes de reagrupación familiar, de demandas por abandono, por bigamia, por engaño (especialmente los pleitos promovidos por indígenas que acompañaron a sus señores en el regreso a la metrópoli siendo libres y son vendidas como esclavas) y, en menor medida, las obras literarias, en verso y en prosa, de las viajeras que por su rango y condición estaban más cualificadas para esta tarea intelectual.

Pese a que la gran mayoría de las pasajeras a Indias eran personas corrientes, también había damas de elevada alcurnia, esposas de virreyes y de los altos cargos de la administración y hasta reverendas religiosas de esclarecidos linajes como la madre Jerónima de la Fuente (inmortalizada en un retrato pintado por Diego Velázquez, Museo del Prado), confidente ocasional de la reina Margarita de Austria, que con sesenta y cinco años afrontó nada más y nada menos que la travesía desde la península a Filipinas (atravesando el denominado Camino de los Virreyes entre Veracruz y Ciudad de México y el Camino de Asia hasta Acapulco antes de embarcarse en la segunda parte de su periplo en el Galeón de Manila) y que, como muchas otras monjas de su época, supo expresar sus inquietudes

y sentimientos a través de la literatura (una autobiografía, unos poemas y unas *Cartas de marear el mundo* que escribió ya en Manila), convirtiéndose en la escritora más antigua en lengua española de aquellas islas. La reciedumbre de su semblante puede ser extrapolada a la condición de fortaleza, seguridad y energía mostrada por todas estas mujeres al aceptar el reto de una singladura llena de sinsabores, en todo caso una experiencia inolvidable en sus vidas.

Gracias a los escritos anteriormente mencionados, en su gran mayoría de corto texto, se puede reconstruir la aventura del tránsito de estas mujeres intrépidas, incluso cuando sus testimonios se centren en las más variadas excusas para no arrostrar la azarosa travesía, en respuesta a las "cartas de llamada" de sus familiares invitándolas o reclamándolas desde la otra orilla. Así, el género epistolar nos adentra en sus grandes inquietudes ante lo desconocido en un entorno limitado a los horizontes que se divisaban desde el campanario de la iglesia del pueblo, la generosidad o tacañería de los que sufragan sus gastos, los modos de ajustar el pasaje, las recomendaciones sobre cómo comportarse durante el viaje, la preparación del equipaje, el otorgamiento de testamentos ante los riesgos de la singladura, así como un amplio abanico de supuestos que finalmente motivan la decisión de surcar el Océano, incluso entre las más remisas a emprender la singladura. Las situaciones van desde las tradicionales (reunión con el padre o el marido, tanto si las reclama como si han sido abandonadas y se embarcan para encontrar al desaparecido en Indias) hasta otras más novedosas, como las de hacer una buena boda en las colonias por la escasez de damas de alcurnia (ninguna olvidaba su ejecutoria de hidalguía); o las de embarcarse en un "viaje de libertad" para huir de un matrimonio de difícil convivencia o junto a un marido dilapidador de sus haciendas y que solicitan a un pariente una carta de llamada para poner un mar en medio de sus desgracias (tomando las riendas de su destino y hasta transgrediendo el orden establecido); o las de prosperar económicamente (deseo antes sólo atribuido al colectivo masculino), mostrando las dos caras de la moneda, las que no alcanzan sus metas y las que sí logran hacer fortuna y buscan para legarles su hacienda a parientes exclusivamente femeninas (hijas, nietas, sobrinas), que son reclamadas para desplazarse a su vez a Indias.

No obstante, apenas existen referencias al arduo camino afrontado por estas animosas mujeres en su ruta terrestre hasta llegar a Sevilla o Cádiz para esperar paciente y decorosamente (en conventos, mesones o casas de parientes más o menos lejanos) la salida de la flota, teniendo que gestionar los trámites burocráticos inherentes a las licencias de embarque (e incluso las vituallas para la

singladura) por medio de personas interpuestas. Más numerosas son las alusiones a todo lo vinculado directamente con el viaje marítimo, donde ya empezaban sus penurias. Si desde la playa o el muelle eran trasladadas a la falúa en silla de manos, cuando ésta llegaba al costado del buque debían trepar por la escalerilla hasta subir a bordo luchando con el cabeceo del mar, impedidos sus movimientos por las sayas y enaguas, gorgueras y tocas, botillas y borceguíes resbaladizos. No se ha de olvidar que al mareo y los malos olores del betún derretido de las costuras del casco, de los efluvios de la granja avícola para el rancho o de los caballos y otros animales que compartían la cubierta con la tripulación y el pasaje, de las aguas estancadas de la sentina, se ha de añadir la falta de espacio en la zona de popa donde se hacinaban unos camarotes de fortuna, apenas unas mamparas, incómodos y plagados de parásitos (pulgas, chinches, cucarachas, ratas), la escasa intimidad para satisfacer las necesidades fisiológicas sobre la rejilla de los jardines, la ausencia de higiene (caldo de cultivo para los piojos) especialmente evidente en los ciclos femeninos pues el agua dulce no se empleaba en baños, lavado de cabellos y colada y la salada acartonaba la ropa y producía picores en la piel, la monotonía de la dieta (además de la lucha cotidiana por "arrimar el ascua a su sardina" en la rudimentaria cocina, apenas unas trébedes sobre la plancha de hierro que se instalaba sobre ladrillos refractarios), la climatología adversa con sólo una lona embreada para protegerse de la lluvia, si se viajaba en los "suburbios" de proa sobre el cofre del equipaje, etc.; todas estas circunstancias hacían de la sola travesía un hito (connotado con rasgos de penuria y aventura) en la memoria individual de cada viajera.

El aspecto que debían lucir durante la singladura no debía ser excesivamente esmerado. No obstante, hay noticias acerca del singular comportamiento femenino en momentos en que la magnitud de las tormentas hacía presagiar naufragio y las damas preferían ahogarse en el camarote antes de salir a medio vestir, pues el decoro las impelía a someterse a la lenta maniobra del aderezo de la complicada vestimenta antes que adecuarse a la urgencia de la situación perentoria que hacía peligrar sus vidas y las de sus doncellas, fieles a no dejar resquicio al posible desdoro de su condición. Si bien estas noticias proceden del ámbito anglosajón, se pueden hacer extensivas, sin temor a equivocarnos, al mundo hispánico, pues se sabe del proceso de transformación operado por las viajeras americanas y españolas antes de bajar a tierra en las escalas de la travesía. Desde que se corría la voz de la proximidad de puerto, se abrían los cofres y cajas que habían permanecido clausurados y salían los más vistosos atuendos y joyas

para acicalarse con primor y causar buena impresión entre los que aguardaban expectantes la arribada del barco.

Otro de los objetivos que han animado esta iniciativa ha sido rastrear si los testimonios muestran un discurso femenino en el tratamiento diferente de los modelos que inspiraron tanto a hombres como a mujeres, concluyéndose que, en efecto, se puede constatar una subjetividad y sensibilidad particular en el fondo, en la forma y en los intereses, más allá de lo anecdótico. Así, las viajeras centran su interés en los entornos íntimos de la vivienda o el hogar, de los objetos cotidianos y de lo que rodea a otras mujeres, por lo que los temas favoritos son las alusiones a los rasgos físicos (negritud), el aspecto de las vestimentas, la expresión corporal de los otros (rudeza/cortesía en los modales), la vida doméstica, las costumbres, las normas morales (concepto de código de honor en la sociedad colonial de frontera, donde se mantenía un gran número de uniones consensuadas pero no consagradas por la iglesia católica), las prácticas religiosas, la esclavitud, los comportamientos y actitudes de género, etc., que, obviamente, enriquecen y complementan las impresiones aportadas por los relatos masculinos al focalizarse en aspectos fundamentalmente antropológicos. Además, las transterradas poseían un bagaje de criterios preestablecidos procedentes de su imaginario colectivo, por lo que al encontrar a los otros o hallar otras formas de vida se buscan a sí mismas por oposición o confrontación de identidad, reconstruyendo su red de representaciones de la alteridad que incluyen interesantes miradas de género.

Un ejemplo de la perspectiva femenina vendría avalado por el panorama colonial de la América anglosajona trazado por la poetisa Anne Bradstreet, que va mucho más allá de lo que ciertos círculos esperan hallar en los comentarios efectuados por los "ángeles del hogar, dulce hogar", buenas madres y solícitas esposas. Así, sus aportaciones se centran en el análisis de las duras condiciones de los primeros poblamientos; en cómo a la oleada de colonos exclusivamente masculinos que arribaron a las costas de Massachusetts (tras la recalada en Cape Cod de los *Pilgrim Fathers* que iban a bordo del *Mayflower*) sigue la incorporación de las mujeres (incluso si hay que pagarles el pasaje para encontrar esposo en las nuevas tierras); los comportamientos de la Virginia Company (*indentured servitude*); la inmigración de colectivos religiosos huyendo de la intolerancia de la metrópoli (pero perpetuando unos mismos patrones de comportamiento, como muestran las experiencias de Anne Hutchinson y Mary Barrett Dyer, que fueron represaliadas por las convenciones patriarcales de la comunidad puritana al transgredir el papel pasivo propio de su género); las tareas cotidianas de las mujeres europeas

(mucho menos regaladas que las de sus homónimas hispanas de similar *status*); las mujeres como ejemplo de honestidad, de noble y señoril trato, de ánimos 'varoniles' y de gran gobierno en el ámbito doméstico, extraordinarias por su industria, valentía y lealtad, frente a la conflictiva convivencia con los nativos, etcétera.

En efecto, la sensibilidad de la percepción femenina sobre los nuevos horizontes geográficos y el descubrimiento de otros grupos humanos abren las puertas al análisis desde otras perspectivas, confirmándose la hipótesis de que existen otras formas de mirar dentro del mismo entorno. En esta línea, Mary Louise Pratt introduce el debate sobre el continente americano en tiempos de la colonia afirmando que el paradigma eurocentrista (discurso oficial y hegemónico) está liderado por hombres, mientras que las mujeres viajeras desarrollan narrativas diferentes y dialógicas con otras formas de autorrepresentación en una posición de 'anticonquista', dentro del paradigma global, reclamando una posibilidad de cambio en una realidad dominada por la explotación y la negación de los otros. Tal vez esta dicotomía sea excesivamente simplista en la relación entre colonizadores y colonizados, entre viajeros y visitados, en tanto que su coexistencia se realiza en una situación de poder asimétrica (centralidad de lo europeo y dependencia de lo local), aunque, efectivamente, el lenguaje femenino reclama lo cotidiano y lo cualitativo sobre la relevancia de las tendencias estadísticas, económicas y de descripción de lo externo propio del discurso masculino.

En fin, los trabajos sobre las viajeras de la época colonial muestran los buenos resultados de la interdisciplinariedad entre materias afines (historia, literatura, antropología, etnografía), reflejando la convergencia y los límites de estas materias como fuentes para el estudio de las mujeres viajeras, consideradas como un vehículo de construcción de discursos y modelos femeninos, sin desatender la perspectiva subjetiva de las escritoras, mediatizadas por sus propias circunstancias (formación, *status*, ideología, experiencias, trayectoria vital) e intencionalidad, dentro de los diferentes contextos políticos, económicos y sociales presentes a lo largo de las cuatro centurias que sirven de escenario a estas protagonistas de su propia historia.

Bibliografía

ALTUNA, Elena: *El discurso colonialista de los caminantes (siglos XVII-XVIII)*, CELACP/Latinoamericana Editores, Ann Arbor (Mich.), 2002.

BOLLMAN, Stefan: *Las mujeres que escriben también son peligrosas*, Ed. Maeva, Madrid, 2007.

FABBRI, Maurizio: "Literatura de viajes", en F. AGUILAR PIÑAL (ed.): *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Trotta/CSIC, Madrid, 1996, pp. 407-423.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (coord.): *Literatura de viajes. El Viejo mundo y el Nuevo*, Castalia/The Ohio State University, Madrid, 1999.

KAPLAN, Caren: *Questions of Travel. Postmodern Discourses of Displacement*, Duke University Press, Durham, 1996.

LEONARD, Irving A.: *Viajeros por la América Latina colonial*, FCE, México, 1991

LOLLO, María Soledad: *Diarios de viaje por América. Un instrumento del reformismo borbónico en el Río de la Plata*, Universidad de Huelva Publicaciones, Huelva, 2010.

LUCENA GIRALDO, Manuel y PIMENTEL, Juan (eds.): *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Ed. CSIC, Madrid, 2006.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos: "El llibre de viatges com a font històrica", en *L'Avenç*, nº 51 (1981), pp. 526-528.

ORTEGA ROMÁN, Juan José: "La descripción en el relato de viajes: los tópicos", en *Revista de Filología Románica*, anejo IV (2006), pp. 207-232.

PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio: *Los Hombres del Océano: vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias*, Expo'92/Diputación de Sevilla, Sevilla, 1992.

PIMENTEL, Juan: *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

PRATT, Mary Louise: *Travel Writing and Transculturation*, Routledge, Londres/Nueva York, 1992.

_____: *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997 (reed. 2002).

ROMERO TOBAR, Leonardo y ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Ed. UNIA-Ed. AKAL, Madrid, 2005.

STANFORD FRIEDMAN, Susan: "Women's Autobiographical Selves: Theory and Practise", en Sidonie Smith y Julia Watson (eds.): *Women, Autobiography. Theory. A Reader*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1998, pp. 72-82.

TORRE REVELLO, José: "Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglos XVII, XVIII y primer decenio del XIX)", en Ricardo Levene: *Historia de la Nación Argentina*, vol. III, El Ateneo, Buenos Aires, 1955, pp. 379-407.